

"Fratelli tutti": ideas para la pastoral de los migrantes

P. Fabio Baggio C.S., Subsecretarios de la Sección de Migrantes y Refugiados del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

La Carta Encíclica "Fratelli tutti" (FT) está dedicada a la fraternidad y a la amistad social, que el Santo Padre tiene entre sus constantes preocupaciones. El estrecho vínculo entre estos temas y las cuestiones relacionadas con los migrantes, los refugiados, los desplazados y las víctimas de la trata se pone de relieve en las palabras introductorias del documento, que explican cómo el Papa Francisco quiso inspirarse en el ejemplo del Pobrecillo de Asís. En efecto, San Francisco se comprometió a caminar "cerca de los pobres, de los abandonados, de los enfermos, de los descartados, de los últimos" (FT, 2), entre los que, como el propio Papa deja claro en los siguientes puntos, hay que contar a los sujetos más vulnerables de la movilidad humana. Francisco de Asís, además, demostró un "corazón sin confines, capaz de ir más allá de las distancias de procedencia, nacionalidad, color o religión" (FT, 3), abierto a los extranjeros.

También en la parte introductoria, el Papa Francisco subraya cómo la condición de la itinerancia en este mundo caracteriza a todos los seres humanos, que son "caminantes hechos de la misma carne humana" (Ft, 8), que pueden soñar juntos. Pero a este maravilloso potencial se opone hoy en día una "cultura de muros" (FT, 27), que impide, incluso físicamente, el encuentro con personas de culturas diferentes.

Observando las fronteras del mundo contemporáneo, hay, lamentablemente, muchas violaciones sistemáticas de la dignidad humana, causadas por la voluntad política y económica contra los migrantes y la cooperación internacional (FT, 37). A menudo los migrantes, engañados por las ilusiones de la cultura occidental, se convierten en víctimas de las especulaciones de los traficantes. Su partida empobrece aún más a su país de origen, que a menudo no les ha garantizado el derecho a no emigrar (FT, 38). En los países de llegada hay una creciente explotación política del miedo al otro y se repiten esos lamentables episodios de racismo y xenofobia que parecían ser historia pasada (FT, 39).

El Santo Padre está convencido de que la migración es un elemento fundamental para el futuro de la humanidad y una clara oportunidad para volver a poner a la persona humana en el centro (FT, 40). El miedo al otro, aunque natural e instintivo, no debe socavar la capacidad de encuentro que nos hace crecer como personas (FT, 41). "Ampliar el corazón al extraño" se convierte, entonces, en un imperativo para el crecimiento de todos. La Sagrada Escritura es rica en citas bíblicas en este sentido (FT, 61). Pero también lo son las referencias a la tentación de cerrarse a los extranjeros, a los demás, tentación que ha caracterizado a la Iglesia desde sus comienzos (FT, 62).

Según el Papa Francisco, la actitud correcta del cristiano hacia el extranjero -como hacia todos los "vecinos" vulnerables- queda bien ejemplificada en la parábola del buen samaritano (FT, 81). El encuentro entre el salvador y el necesitado no deja lugar a la manipulación ideológica y empuja a ambos protagonistas a superar las barreras (FT, 82-83). El buen samaritano muestra un corazón capaz de identificarse con el

sufrimiento del otro, más allá de las diferencias, y de reconocer a Jesucristo presente en su prójimo (FT, 84). Es un reconocimiento que da al otro una dignidad infinita, un verdadero encuentro con Jesucristo (FT, 85). Pero también es un encuentro con la humanidad más allá del grupo al que pertenece (FT, 90); es un encuentro que significa ir más allá de las fronteras nacionales y regionales para descubrirse parte de una comunidad de hermanos y hermanas que se cuidan mutuamente (FT, 96).

El Santo Padre reitera que el objetivo a largo plazo es evitar que las personas tengan que emigrar, garantizando el derecho a encontrar en su casa las condiciones para desarrollarse plenamente. Pero hasta que esto no se asegure, será necesario respetar el derecho de todos a encontrar un lugar donde puedan desarrollarse plenamente como persona y como familia, poniendo en práctica cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar (FT, 129). Especialmente en los casos de crisis humanitarias, la solidaridad entre los pueblos debe traducirse en acciones muy concretas (FT, 130), que garanticen a todos los seres humanos una "ciudadanía plena" en este mundo (FT, 131). Pero esto requiere una gobernanza global de las migraciones, con proyectos a medio y largo plazo que vayan más allá de la emergencia (FT, 132).

El encuentro con el otro, con el extranjero, es enriquecedor porque es un encuentro con lo diferente, que aún no conocemos (FT, 133). Es porque el encuentro con la diversidad hace crecer las culturas y las civilizaciones (FT, 134). Es así porque, sobre todo cuando se caracteriza por una acogida libre y generosa, hace crecer a la humanidad (FT; 139-141). El encuentro con el otro no anula la identidad del anfitrión, sino que la fortalece y la transforma en un don (143). Los narcisismos localistas esconden la inseguridad y el miedo hacia los demás (FT, 146). Mirando a los demás uno se comprende mejor a sí mismo (FT, 147). La identidad y la cultura son realidades dinámicas que se alimentan del encuentro con el otro (FT, 148); la relación con los demás es, de hecho, constitutivamente necesaria para lograr la plena realización humana (FT, 150). La familia humana es anterior a la constitución de los grupos nacionales (FT, 149).

La importancia del encuentro debe considerarse también desde una perspectiva geográfica regional, donde la relación cordial con el vecino (FT, 151) se convierte en una relación convivencial con el país vecino (FT, 152), lo que ayuda a tomar conciencia de los propios límites y de la inevitable interconexión con los demás: ninguna nación aislada es capaz de asegurar el bien común (FT, 153).

El Santo Padre tampoco deja pasar esta oportunidad para condenar el tráfico de seres humanos, que debería ser una de las mayores preocupaciones de un gobernante (FT, 188). La trata de esclavos, que tristemente ha marcado la historia pasada, lamentablemente sigue ocurriendo (FT, 248).